

“ROMANTICISMO Y SOCIALISMO”

Conferencia de Julián Besteiro

Breves palabras de Muñío

Como en años anteriores, la Federación Local de la Edificación ha inaugurado para el actual un curso de conferencias de carácter cultural. Como todos sabéis, siente la Federación Local de la Edificación unos anhelos de cultura, lo mismo que el resto de la clase trabajadora organizada, y procura, en la medida de sus fuerzas, realizar una labor todos los años que dé la sensación real de esa preocupación nuestra. No se limita sólo la Federación Local de la Edificación a la campaña de lucha, que ésta es muy dura, porque las limitaciones en la industria de la edificación han llegado a tal estado que obligan a la organización a estar en una constante lucha contra los elementos inmoralmente, que tanto daño producen a la clase trabajadora de la edificación y a los inquilinos de Madrid. La clase trabajadora de la edificación tiene una historia limpia y una historia de lucha, y por medio de su organismo federativo en Madrid procura elevar el nivel cultural de los asociados. Contamos para ello con la colaboración desinteresada y eficaz de compañeros de alto relieve, de hombres de ciencia, de intelectuales de talla, de hombres desinteresados que sienten amor a la cultura y vienen aquí, a la Casa del Pueblo, a enseñarnos con su gran saber.

La Federación Local de la Edificación ha invitado para este curso a distintas personalidades. Nos proponemos realizar semanalmente esta labor de cultura que os he dicho. Cada jueves vendrá a esta Casa, invitado por nosotros, un señor o un compañero que explique una conferencia sobre un tema siempre importante. En el día de hoy hemos querido que ocupara la tribuna nuestro camarada Julián Besteiro. Todos conocemos al amigo Besteiro, todo esperamos de él oír su palabra, y yo solamente me limito a decir que continuaremos, si el concurso de los compañeros y de los trabajadores en general nos asiste, esta labor de cultura, contribuyendo así con nuestra modesta actuación a crear la Central de Educación Obrera que tanta falta está haciendo en nuestro país, y de la cual nosotros, como en todo momento unos colaboradores entusiastas. (Muy bien. Aplausos.)

Discurso de Besteiro

Al ponerse en pie nuestro compañero Besteiro, se produjo una enorme ovación. Hecho el silencio, dijo:

Compañeros y compañeros: Una vez más la Federación Local de Edificación me honra y me pone a la vez en el compromiso de tratar de cumplir un deber que cada vez va teniendo mayores exigencias. De todas maneras yo me he dicho siempre que me he visto en este caso que, aunque arriesgue algo personalmente en cuanto a la seguridad del éxito que puedan tener mis palabras, debía atreverme a traer a esta tribuna y a someter a vuestra consideración algunos de los principios más importantes y fundamentales del ideario socialista, por abstractos, por complejos que fueran y por dificultades que entrañasen en su exposición. Así he procurado explicar con la mayor claridad que me ha sido posible conceptos tradicionales del Socialismo científico, como el de supervivencia, como el de dialéctica, como el de lucha de clases. Hoy no traigo el propósito de hacer un análisis de una de estas ideas básicas del Socialismo científico, sino más bien de dar una impresión de la relación en que está el Socialismo con un gran movimiento cultural, literario, artístico, científico, jurídico y político que se llama romanticismo.

El Socialismo en relación con el romanticismo

El motivo por el cual me ha cautivado, quizá un poco imprudentemente, este tema, es un motivo de controversia, porque yo no sé si vosotros, en vuestra experiencia, encontraréis, como yo encuentro en la mía, multitud de casos en los cuales se hacen al Socialismo objeciones reiteradas desde el punto de vista del romanticismo. Lo importante para mí, en este caso, no es sólo que los adversarios, que los enemigos del Socialismo o simplemente que los discrepantes que no se han podido convencer por los argumentos de nuestros

Conferencia de Largo Caballero

Organizada por la Sociedad de Obreros Gascistas, Electricistas y Similares de Madrid se celebrará hoy domingo, a las once de la mañana, una conferencia a cargo del camarada FRANCISCO LARGO CABALLERO, secretario de la Unión General de Trabajadores, que disertará acerca del tema: LOS COMITES PARITARIOS Y BASES DE CONTRATO DE TRABAJO. El acto se celebrará en el salón grande de la Casa del Pueblo, y está relacionado con la próxima discusión de los proyectos de bases de trabajo presentados al Comité paritario de la Industria de Gas y Electricidad. Trabajadores: Acudid a la conferencia del camarada Largo Caballero.

mejores expositores, ataquen al Socialismo y le hagan objeciones, colocándose desde un punto de vista que ellos empiezan por declarar que es romántico. Lo que más me importa es que, dentro de nuestras filas, muchas veces nacen impulsos románticos y se moteja a nuestro Socialismo como algo que no tiene las excelencias sentimentales y espirituales de esos movimientos.

Yo recuerdo que en un Congreso extraordinario de la Unión General de Trabajadores, como alguien, al comienzo de las sesiones, se permitiese recomendar el abandono de los tópicos tradicionales y de la oratoria efectista, que es clásica, más que en la propaganda en la agitación de las masas, al final de nuestras tareas hubo un querido compañero que, en contraposición, hizo una invocación al espíritu del romanticismo, como el espíritu que entre nosotros debe prevalecer. Y comprenderéis que cuando ya somos nosotros mismos los que oponemos el romanticismo al Socialismo, como algo más excelente, y yo sólo nuestros adversarios, hay motivo serio para que esta cuestión la traigamos a exposición y a debate y procuremos esclarecer nuestras ideas acerca de este punto un tanto oscuro y difícil.

Los dos periodos del romanticismo

A todos se os ocurre que para concebir con claridad las relaciones que pueda haber entre el romanticismo y el Socialismo hace falta saber lo que es Socialismo; pero hace falta también saber qué es romanticismo. Y yo no sé si vosotros habréis tratado de acopiar textos que os expliquen lo que el romanticismo es, y si, acopiados, habréis llegado a comprenderlos.

Yo recuerdo algunas exposiciones de críticos y literatos contemporáneos que tratan de explicar lo que el romanticismo es, y al cabo de las cuales, si algo sabíamos acerca del romanticismo, si algo creíamos al menos saber, eso había desaparecido por completo, dejándonos en el reino absoluto de las confusiones. Siempre me ha parecido que, sobre todo cuando nosotros los españoles tratamos del romanticismo, no acabamos de distinguir bien, en el significado de esta palabra, en el contenido de esta palabra, realidades muy distintas, algunas de las cuales conviene diferenciar si queremos llegar a formarnos alguna idea clara acerca de lo que el romanticismo significa. Para conseguir este fin me parece conveniente establecer una distinción que es usual en los tratados alemanes de literatura.

En esos tratados se distinguen cuidadosamente dos tendencias y aun dos periodos literarios diferentes que es frecuente confundir: uno es el que ellos llaman, con una expresión germánica, de «Sturm und Drang», es decir, de tormenta y de impulso, y otro es el romanticismo propiamente dicho. Vamos a ver, ante todo, qué es lo que tienen de común y qué es lo que tienen de diferente estas dos tendencias.

La designada con las palabras «Sturm und Drang» es un impulso de libertad y de independencia, es el anhelo de emanciparse de las reglas, de la sumisión ciega a los modelos clásicos y a los preceptos y consejos de los maestros; es la valentía espontánea del espíritu para beber el arte en la Naturaleza, interpretándola sin trabas alguna que coarte la espontaneidad. En arte, el «Sturm und Drang» dice: «No hay que estudiar los modelos mejores del pasado; hay que ir al mundo y valorar las bellezas que todavía no han sido explicadas y comprendidas», y así los literatos y los poetas que participan de este fecundo movimiento dan valor a personas, a seres, a individualidades y a grupos sociales que antes eran despreciados por los artistas. Ponen de relieve la poesía que puede haber en la vida de los bandidos con Schiller, y en la vida de los contrabanderos con Víctor Hugo, o en la vida de los piratas con Espronceda. Tratan de rehabilitar una serie de realidades antes despreciadas solamente porque en ellas no habían fijado su atención los maestros, y así cuando estos literatos toman en las mismas literaturas precedentes o contemporáneas algún modelo, estos modelos son: Rousseau, por la vehemencia de sus sentimientos; Shakespeare, porque es, como ellos dicen, un trozo de realidad; porque en sus dramas ha creado caracteres de personas reales, palpantes, vivas.

Esto, en cuanto al «Sturm und Drang» en literatura y en arte. Pero el «Sturm und Drang» también se produce en filosofía, y en derecho, y en política, y el alma de ese movimiento total es el alma ideal de la declaración de los derechos del hombre y de la Revolución francesa. Es la filosofía de la libertad, es la filosofía de Kant, que, en un ambiente de despotismo y de opresión, proclama que el hombre es un fin en sí, y que ningún hombre puede tomar a otro como un medio para el cumplimiento de sus fines, y declara que la única forma de Gobierno racional y propia de un pueblo digno es la forma de Gobierno republicana.

La tendencia regresiva del romanticismo

Pero en este mismo movimiento de libertad y de emancipación había un germen de reacción y de vuelta al pasado. La filosofía de Kant es la filosofía destructora de los edificios del viejo dogmatismo. Se puede decir que la filosofía de Kant arranca

del trono celestial a la divinidad; pero entroniza la divinidad en la conciencia del hombre, y fundándose en ese absoluto que el filósofo ve en la conciencia del individuo, se lanza a reconstruir de otro modo, pero a reconstruir al fin, todos los valores absolutos de la antigua metafísica. Esa iniciación de un retroceso, tenue si se quiere, muy inferior en valor al elemento negativo y destructor, que es el que tiene persistencia en la filosofía kantiana, se nota también en la literatura misma. Los literatos de este periodo definían el arte: «la naturaleza interpretada por el genio». Notad de pasada que hay una analogía sumamente expresiva entre esta definición y la definición que nos trae tarde dan los novelistas, naturalistas del arte, cuando dicen que es la naturaleza al través de un temperamento. Pero en la definición primera hay un germen de regresión que no existe en la definición segunda; porque cuando se dice que el arte es la naturaleza interpretada por el genio, el resultado depende del concepto que se tenga del genio, y ya en pleno periodo de «Sturm und Drang» empezaron los literatos a pensar que el genio es algo inefable, algo que escapa a toda comprensión humana, y que solamente se explica su existencia como un don divino. Y así, en la terminación de este primer periodo, se inicia, con todas sus excelencias y con todos sus defectos, el romanticismo.

El romanticismo es la continuación de este impulso libertador, es en cierto modo también su degeneración. Los románticos, en fuerza de dar valor a la personalidad, al sentimiento, a la espontaneidad de las pasiones, llegan a veces a un desenfreno de sentimentalidad y aun de sensualidad, al cual sacrifican los mismos intereses de la vida individual y de la vida colectiva; pero, sobre todo, los románticos, huyendo del modelo clásico del arte y de la literatura, no han ido a buscar en la naturaleza viva y actual las realidades palpantes, sino que lo han ido a buscar en una naturaleza muerta, y han hecho objeto de inspiración los siglos religiosos y eminentemente cristianos de la Edad Media. El romanticismo es un movimiento sentimental, pero que añora el pasado y vive como dominado por la obsesión de que le falta al hombre algo si no posee esa especie de espiritualidad misteriosa, única, según los creyentes, dotada de la virtud de relacionar a todos los humanos al modo como los relacionaba la Iglesia en la Edad Media. Cuando adquiere estos caracteres, el romanticismo ya no nos aparece como una tendencia progresiva, sino como una tendencia verdaderamente regresiva dentro de la literatura y dentro de la cultura general. En el seno del ro-

enigma que como un problema, la misma filosofía kantiana. Los filósofos del periodo romántico, especialmente Fichte y Hegel, en sus ideas políticas son genuinamente reaccionarios, son monárquicos y hasta son absolutistas; pero al pulular, al perfeccionar, al afinar los conceptos filosóficos más sutiles son un fermento para el pensamiento humano, un acicate de los mejores afectos y de los mejores impulsos morales, y adaptados por las muchedumbres, la más poderosa palanca que jamás ha existido para remover y transformar la sociedad. Cuando He-



JULIÁN BESTEIRO

gel afirma la identidad de lo ideal y de lo real abre el camino por el cual una pléyade de filósofos de la izquierda hegeliana prepara los grandes movimientos revolucionarios de la Historia contemporánea. Esa división, esta pugna, esta contradicción de elementos en el seno mismo de la filosofía romántica la vivió en los últimos años de su vida Hegel y tuvo que comprenderla y experimentarla a veces con tristes lecciones. Se cuenta que al ocurrir la revolución del año 30, como la censurase Hegel en una de sus lecciones, la mayor parte de su auditorio le abandonó en masa y se fué a la cátedra de un discípulo que explicaba la filosofía del derecho hegeliano, pero poniendo precisamente de relieve aquel aspecto de las doctrinas del maestro, que en los espíritus más despiertos empezaba ya a actuar como un fermento de ideas e impulsos progresivos. Y así esa idea filosófica de Hegel, en virtud de la cual la Historia, el pensa-

de la cual el individuo se cree más grande que todas las colectividades; Singular grandeza y singular libertad es ésta, con la cual los mayores románticos que registra la Historia no hubieran podido ser ni románticos ni nada. Yo no concibo a lord Byron ni a nadie, por romántico, largo emprendiendo, por romántico, a morir defendiendo la libertad de Grecia, si no se hubiera sometido a la disciplina de las naves en las cuales embarcó. Nosotros tenemos una disciplina para hacer más eficaz la realización de nuestros propósitos. Para saber si nosotros somos románticos o no somos románticos, lo que hay que ver no es cómo nos conducimos en nuestra disciplina, con respecto a finalidades que consideramos inferiores a las nuestras; lo que hay que ver es, dentro de esa disciplina, no tenemos un campo casi infinito, puede decirse, en el cual podamos desarrollar libre y ampliamente nuestras iniciativas personales. Pero, en fin, entre las múltiples personas que censuran y hacen objeciones al Socialismo, hay que distinguir y establecer muchas categorías. Hay quienes están guiados únicamente por una ciega pasión, por una serie de prejuicios que sólo pueden fundamentarse en su espíritu y mantenerse al calor de su ignorancia. Estos disidentes, estos disidentes del Socialismo no deben merecer apenas atención por nuestra parte. Hay, sin embargo, otras personas que no se hallan conformes con nuestro ideario, que no están conformes con nuestros procedimientos; pero tratan de estudiar las cuestiones económicas, las cuestiones políticas, las cuestiones sociales, de un modo lo más profundo posible. Para esas personas debemos tener todo nuestro respeto, y el respeto primero ha de

consistir en procurar hacernos cargo de sus puntos de vista para ver incluso lo que puede haber de aprovechable en ellos para nosotros. Voy a procurar bosquejar las objeciones principales que desde una posición más o menos genuinamente romántica se hacen en la actualidad al Socialismo. En general, el Socialismo ha progresado considerablemente; que el Socialismo tiene ya una historia brillante; que el Socialismo ha ganado, indudablemente, grandes batallas, y además reconocen que los principios que han guiado en su lucha al proletariado por el camino del Socialismo, el principio de la lucha de clases principalmente, han producido un efecto maravilloso y se han mostrado de un valor pragmático indiscutible. La lucha de clases, ¿quién puede negarlo?, ha logrado mejorar considerablemente las condiciones económicas en las cuales el proletariado vive y ha creado en

la clase trabajadora una tal solidaridad, que le ha constituido como un poder invencible por los más altos y más fuertes poderes históricos. Pero los críticos que hacen todas estas objeciones al Socialismo añaden que «el tiempo en el que esos principios han tenido validez y han sido fecundos, la época en la cual ese ideario del socialismo científico, estructurado y sintetizado por Marx, han tenido verdadera eficacia y valor, ha pasado ya». Eran los tiempos en los cuales el proletariado luchaba por abrirse paso y, sobre todo, por conquistar mejoras en las condiciones materiales de su vida, mejores salarios y jornadas más cortas. Ya lo han conquistado. Ya son otros problemas los que se proponen al proletariado, y para resolver esos problemas, para perseguir esas finalidades, los viejos principios no bastan y es preciso sustituirlos por otros. De aquí nace la instauración de un Socialismo, muy razonada algunas veces, en favor de la revisión de los valores del socialismo científico y que algunos consideran como «tradicional».

Ahora bien, primer error, a mi modo de ver, en que incurrir el que adopta este punto de vista. El error de considerar que la lucha por mejorar las condiciones económicas del traba-

jador ha terminado ya; y yo no me refiero a España, donde apenas ha empezado, donde existe una gran parte del proletariado que no ha sentido esa solidaridad ni ha llegado a la organización, ni tiene el arma con la cual se ganan las batallas elementales; pero en los países donde el tanto por ciento de obreros organizados es más crecido, los países en que la legislación social está más avanzada, esos países no han acabado todavía con el periodo en el cual tienen las organizaciones obreras que luchar por conseguir mejores condiciones de vida. No han terminado porque, aparte de las lagunas existentes en la condición real, económica del trabajador, y aparte los defectos de las legislaciones, ocurre que el régimen capitalista tiene fuerzas sobradas todavía—si abandonamos los principios, si abandonamos el campo de lucha que nos es favorable—para recobrar las posiciones perdidas y hundir otra vez al trabajador en la primitiva miseria. (Aplausos.)

Queremos conquistar la cultura

Bastaría esta apreciación para que nosotros considerásemos como una aventura peligrosa, que puede ser arastrar a ella a una colectividad, el abandono de los principios que en la práctica se han demostrado tan eficaces, que su eficacia la reconocen nuestros mismos adversarios. Mas no neguemos la evidencia. En los países donde han progresado más las condiciones económicas de los trabajadores y en aquellos en los cuales la legislación obrera está más adelantada y los progresos en la lucha política han permitido a los trabajadores tomar posiciones, de las cuales será difícil desplazarlos, en esos países, y en el nuestro mismo, al lado de la necesidad de la lucha de clases tradicional, se presentan temas nuevos que no fueron previstos por el Socialismo científico tal como los grandes maestros lo formularon. Digo mal: fueron previstos y fueron indicados, pero no fueron detallados en cada uno de los momentos por los cuales hay que pasar para llegar a la consecución de esas finalidades, o no debieron, además, ser detallados de esta forma porque tenían aquellos maestros buen cuidado de no incurrir en la pretensión pueril de trazar no sólo las líneas generales, sino hasta el dibujo detallado de la sociedad del porvenir y señalar los pasos por los cuales se habían de conducir las organizaciones obreras que ellos crearon. Entonces sí que nos hubiesen embarcado en un movimiento dentro del que nosotros no tendríamos ninguna libertad de acción, ¿y qué nos quedaría que hacer? ¿Seríamos los esclavos de la rutina, nos habríamos de limitar a seguir las pautas, trazadas por los maestros? Seríamos entonces unos discípulos serviles, y nosotros honramos tanto más el espíritu de los maestros cuanto con más libertad los interpretamos, cuanto más empeño ponemos en no repetir servilmente sus mismas palabras, sus mismas expresiones, sus mismos conceptos, sino añadir, sacándolos de nuestra conciencia y de la observación de la realidad, todos los adelantos que sean precisos para el acrecentamiento y el brillo de nuestra causa. (Muy bien. Aplausos.)

Así es evidente que hoy aparecen ante nosotros una serie de fines que tenemos que realizar, y que yo sintetizaría con unas palabras que oíais al compañero Muñío cuando abría este curso de conferencias. Nosotros tenemos que conquistar la cultura; nosotros tenemos que elaborar la cultura, y porque hay una necesidad absoluta de conquistar la cultura, después de conquistar al paso que se conquistaban las buenas posiciones materiales, es por lo que se ve a las organizaciones más adelantadas de los trabajadores preparar estos cursos de conferencias, crea la Escuela Obrera Socialista, en fin, tratar de dar una organización y un cuerpo a esta aspiración de nuestro espíritu. Pero decir que queremos conquistar la cultura no es bastante si no se especifica. Hoy, que se dice: «No es bastante expresar que queremos socializar los medios de producción y de cambio», ¿es que nos vamos a contentar con esta fórmula, todavía más vaga, de que tenemos que conquistar la cultura? La conquista de la cultura no necesita introducir ningún género de modificación en las ideas tradicionales del socialismo científico. La conquista de la cultura es un momento de la lucha de clases previsto por Marx. Cuando Marx decía que había que ejercitar la lucha de clases para acabar con la existencia de las clases, no quería decir sino que había que llegar a un grado de cultura superior que permitiese la organización de una nueva sociedad. Y cuando nosotros decimos ahora que tenemos que luchar por la conquista de la cultura, no queremos decir sino que el Socialismo, que siempre ha tenido una fase destructiva y una fase constructiva, va acentuando cada vez su esfuerzo de construcción, y ahora se trata, no de producir de una vez, por un acto milagroso, la sociedad del porvenir, sino de ir la conquistando todos los días por la conquista de la cultura y por la aplicación de los medios que la cultura nos permite.

Esta labor positiva que caracteriza nuestras finalidades nuevas, ¿cómo se diversifica? ¿qué aspectos toma y qué momentos ha de tener? Yo veo que ya se dibujan en el horizonte hacia el cual caminamos mo-

mentos distintos de los que se puede hablar no como ficciones de la fantasía, sino como realidades nacientes. Primero tenemos que acentuar, con nuestra lucha económica, nuestra lucha política. Aquellos tiempos de incompreensión, en los cuales persistían en el proletariado las tendencias al abandono de la lucha política ya está visto hoy que no conducen a ninguna parte; se vio siempre, aunque hubiera espíritus refractarios a reconocer la realidad. Schiller decía que para que las ideas triunfen contra las fuerzas adversas es preciso que las ideas se hagan fuerza, y por que nosotros queremos que nuestras ideas se hagan fuerza es por lo que queremos el Poder político, para desde él defender nuestras organizaciones y hacer que se desenvuelvan ampliamente, produciendo una sociedad mejor. (Grandes aplausos.)

Pero en esta lucha, que es a la vez económica, social y política, es iba a decir antes que se dibujan ya momentos distintos. Uno es el momento de penetración en las mismas instituciones de la burguesía y del capitalismo, y en los nuevos organismos que se vayan creando para satisfacer las necesidades de esta complicada máquina del Estado moderno, porque, después de la gran experiencia de la guerra y de la postguerra, todos tenemos en el espíritu esta gran verdad que ahora vemos plenamente por nosotros mismos, pero que antes nos la habían explicado los más geniales de nuestros predecesores. La realización del Socialismo no es cosa de un día, no es cosa de un levantamiento, de una subversión, de un movimiento revolucionario sólo. La realización del Socialismo constituye un proceso histórico que se va realizando en varias etapas; unas lentas, en las cuales la corriente parece que se extiende y se tranquiliza en su curso; otras, en que parece que la corriente se concentra, se profundiza y se precipita. Momentos revolucionarios y trágicos, momentos de calma, pero continuamente marchando hacia la consecución del ideal. Hoy vemos esto claramente por la experiencia de la tragedia de la guerra y de la postguerra.

El ejemplo de Rusia

Tenemos como ejemplo a Rusia. Rusia llegó a un momento en que la clase trabajadora, o parte de la clase trabajadora, como queráis, la clase trabajadora, en fin, ¿para qué vamos a establecer distinciones, se vio en posesión del Poder. Yo no he creído nunca en el mito del asalto al Poder. Lo que pasó en Rusia es que una monarquía, un imperio corrompido, corrompido todo, menos lo incorruptible, que es la masa del pueblo. Y cuando todo se hundió, a los hombres que prometían tierra y paz, la masa entera del pueblo los puso en los puestos de gobierno y tuvieron que gobernar como pudieron. Si cometieron faltas, no fué de ellos la culpa; fué de los que hallándose en condiciones privilegiadas no supieron disponer ni de sabiduría ni de prudencia y virtud que hubieran dado tiempo a que las organizaciones populares se preparasen suficientemente. (Grandes aplausos.)

Las páginas de este número han sido revisadas por la censura.

Queremos una sociedad sin ideas ancestrales

Pues bien, amigos, digo esto porque ha surgido momentáneamente en mi espíritu la posibilidad de la existencia de uno de esos momentos en los cuales la corriente se precipita; pero, precipitada o no, la corriente del Socialismo es una corriente continua que no se puede interrumpir, ni se puede desviar por ningún género de propaganda adversa. Nuestra misión, como decía, es ir condicionando la vida de la misma sociedad capitalista, primero, y después controlar por nosotros mismos los órganos en los que, mediante nuestra cultura y nuestra actividad, hayamos podido adoptar posiciones firmes y sólidas. Y más tarde, compañeros, y ésa es la gran misión social, la gran misión educativa, la gran misión económica y política del Socialismo; más tarde, llegar a una sociedad que no sea—como quieren algunos sociólogos románticos actuales, como quería, a pesar de sus ra-

Conferencia de Lucio Martínez

Hoy domingo pronunciará una de las conferencias de la serie organizada por la Juventud Socialista Madrileña, a las seis y media de la tarde, en el salón grande de la Casa del Pueblo, nuestro compañero LUCIO MARTINEZ GIL, vocal obrero de la Comisión interina de Corporaciones agrarias, con el tema: ACCION SOCIALISTA DEL OBRERO CAMPESINO. Quedan invitados al acto, de cuyo interés es garantía la elocuencia y preparación del conferenciante, todos los trabajadores madrileños, que aprovecharán, sin duda, la nueva oportunidad que se les ofrece para ampliar sus conocimientos.

“La realización del Socialismo no es cosa de un día, no es cosa de un levantamiento, de una subversión, de un movimiento revolucionario sólo. La realización del Socialismo constituye un proceso histórico que se va realizando en varias etapas.”

La antorcha que utilizó Carlos Marx

Pero dicho todo esto del romanticismo propiamente tal, hay que decir que, sin embargo, en él se conservaron ciertos gérmenes del periodo de liberación, del «Sturm und Drang», los cuales, a pesar de todas estas claudicaciones y todas estas regresiones, no pudieron menos de desenvolverse. Este desenvolviemiento, mejor que en la literatura o en el arte, que en el derecho o en la política, se observa en la filosofía, afanada en resolver el problema de lo absoluto que le legara más como un

amiento humano, la conciencia, todo el mundo se da en una perfecta y constante transformación, en un proceso dialéctico, es, andando los años, la antorcha, la inspiración y el guía que utilizó Carlos Marx para construir su sistema de Socialismo científico, que ha sido el que ha recogido después todo lo vital, todo lo provechoso, todo lo firme, todo el elemento dinámico y de porvenir que había lo mismo en el movimiento de «Sturm und Drang» que en el movimiento romántico.

Ahora bien; todas estas explicaciones que yo he procurado daros son no más que los antecedentes necesarios para tratar de la cuestión que a mí me preocupa. Esa cuestión se refiere, no a la existencia del romanticismo de las primeras décadas del siglo pasado, sino a la existencia del romanticismo actual y de sus relaciones con el Socialismo. Como decía antes, a nombre del romanticismo muchas veces se adoptan para nosotros actitudes que—no tratemos de disimularlo—tienen algo de despectivas. Se dice que nosotros somos hombres de método, de sistema, de disciplina; pero que no somos hombres que tengamos y reivindicamos para nosotros esa absoluta y hasta caprichosa libertad o virtud

SUSCRIPCIONES:
 Madrid, un mes. 2,50 pts.
 Provincias, trimestre. 9 —
 25 ejemplares, 1,75 pts.

EL SOCIALISTA

PUBLICIDAD
PÍDANSE TARIFAS
 Los anuncios se admiten en esta Administración
 de 9 de la mañana a 12 de la noche.

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Notas de Arte

Las pinturas negras de Goya

Cuando Goya abandonó su casa de la Puerta del Sol; cuando dejó el centro de Madrid para trasladarse a la quinta que poseía en una de las riberas del humilde Manzanares, a cinco minutos de caminar hacia la izquierda, una vez traspuesto el puente de Segovia; cuando Goya huyó de aquel vértice alrededor del cual giraba toda la actividad madrileña, todo el tráfico y todo el bullicio de Madrid, para refugiarse en aquella vivienda campestre—denominada desde entonces por el vulgo «Quinta del Sordo»—solitaria, aislada en las afueras de la ciudad, tenía el famoso pintor más de sesenta años. Estaba viejo, cansado. Y su naturaleza robusta, fuerte como un roble; aquella naturaleza que aún había de resistir más de veinte años los ímpetus destructores del tiempo, era



La famosa «Quinta del Sordo», donde Goya dejó sus interesantes pinturas negras. (Reconstitución de Bardasano.)

ya minada por toda suerte de achaques y alifanfanes. Mientras, su alma también sufría. Al optimismo de otros días había sucedido una profunda melancolía. Era Goya un viejo pesimista, malhumorado, irascible... En la faz del pintor el ceño se fruncía y los labios componían un gesto despreciativo. Goya se despreciaba a sí mismo y despreciaba cuanto veía a su alrededor. Despreciaba su naturaleza, ayer fuerte y pujante, que entonces se aquejaba constantemente. Despreciaba lo que era la vida. Había visto morir a su amante compañera y a casi todos sus hijos; sus ilusiones las habían enterrado con el frágil cuerpo de la duquesa de Alba, su musa; cómo palatino, vio cómo se incubaba y desarrollaba el terrible drama que culmina en Bayona; conocía bien las miserias del pueblo y le con-

templó roto y sangriento bajo la metralla que vomitaban los cañones de Murat... ¿Podía sonreír? ¿Podía conservar Goya aquel sano optimismo que le alentara en su juventud y que bañara suavemente su espíritu en otros días? No; no era posible sonreír. No cabía esa audacia. Era preciso más bien llorar. Y el artista llora. Ya no pinta en sus lienzos los cielos claros, serenos, que vemos en sus primeras telas; ya no salen de su paleta alegres policromías; ya no dibuja jocundas escenas, fiestas populares ni ruidosos jolgorios. Ahora pinta escenas muy distintas: escenas de la lucha sostenida por el pueblo español con el invasor, escenas de la vida miserable y hombres y mujeres enfermos y depauperados. Y, si como Santán hubiera pasado su mano por la

paleta de Goya, el genial artista sólo extrae de su paleta colores sombríos y tonos agrios. En su «Italienische Reise» dice Goethe: «Sabido es que el ojo se forma en los objetos que ha observado; y así el pintor veneciano es el artista más claro, más risueño y más alegre que cualquiera otro...» Una vez establecido en su quinta campestre, cerca de la cual discurría lentamente el Manzanares, Goya consagró algunos meses a decorar los muros que le rodeaban. Pintó «Un aquelarre de brujas», «La romería de San Isidro», «Dos hombres riñendo», «Peregrinación a la fuente milagrosa», «Las parcas», «Saturno devorando a sus hijos», «Judit...»; pintó algunas escenas de viejos y de frailes

y una «Manola», que para muchos es un retrato de una querida de Goya llamada Leocadia.

Es decir, hizo de su quinta un pequeño museo goyesco. Interesante en alto grado. Un pequeño museo goyesco que debió conservarse como una reliquia, como un tesoro. Porque en aquella quinta, que debió convertirse en santuario del Arte, vivió Goya; porque allí, en sus paredes, dejó Goya, si no lo mejor, sí lo más curioso que salió de su paleta; porque la traza de la quinta y su situación—traza dieciochesca y situación plena de carácter—requieren respeto y sugerían, a gritos, la idea de hacer de aquella vivienda del pintor ese santuario goyesco. Pero no se hizo. Y cayendo en manos de quien no supo apreciar aquello, convirtióse en granero y, pasado algunos años, amenazó ruina. Compróla por entonces el barón d'Eranger, que, después de salvar las pinturas de Goya con las hábiles manos de Salvador Martínez Cubells, que fué conservador del Museo del Prado, las trasladó a París, donde las exhibió en el Palacio del Trocadero en 1878, dondolas, finalmente, a nuestra Pinacoteca Nacional.

En el Museo del Prado las pinturas negras de Goya, colgadas junto a la «Maja desnuda» y la «Maja vestida», junto a «Carlos IV y su familia», junto a tantas y tantas obras maravillosas como posee nuestro famoso Museo, pasan casi inadvertidas. Y hasta me atrevo a decir que son, por su factura, por su fúnebre colorido y por su especial anecdoticismo, ingratas para muchos. Y creo, con «Juan de la Encina», que probablemente serían muy pocos los que, si se ignorara que las pintó Goya, las elogiarían. Empero... ¿Cuánto dicen aquella pinturas! ¿Cómo nos describen el alma del Goya caduco, cansado y pesimista! Todas ejecutadas a base de negros y amarillos, de esos colores propios de baratas cajas mortuorias, de esos colores que hoy, al dictado de la propia experiencia y al de las experiencias de otros profesionales, no dudo en calificar de esencialmente fúnebres; todas, repito, son trozos de un espíritu enfermo, moribundo. Todas son trozos del espíritu del Goya que se aproximaba al fin de la ruta desengañado, convencido de lo efímero que es todo lo bello y lo hermoso que la vida nos brinda, bien enterado de las falsedades e hipocresías humanas, de las bajas pasiones humanas, de los crímenes y de las falacias de los hombres, de los grandes errores humanos y de las infinitas necesidades que comete, ciega, la Humanidad. Viejo, pinta a la vejez tal cual es, con realismo insuperable: triste y ridícula. Sagaz, nos muestra dos hombres—símbolos de partidos y bandos políticos, de pueblos—que mientras riñen sañudamente van hundidos en el barro. Observador y moralizante, nos describe la parte fea del pecado o del vicio, y ya no pinta a la concurrencia de la pradera de San Isidro divirtiéndose, cantando, gozando, sino que la pinta cuando torna a la ciudad, embriagada, abotargada, envilecida. Y testigo de infinitas intrigas y de traiciones despuslizantes, no repara en hacer del Saturno que comió a sus hijos un símbolo.

¡Oh, agrías pinturas negras de Goya!... ¿Cuánto decís y cuánto enseñáis!

Emiliano M. AGUILERA

Médicos y curanderos

No hay nadie que tenga los ojos abiertos a la realidad que pueda ignorar la índole de sentimientos que los médicos inspiran a la masa. Me parece absolutamente ocioso realizar ahora una brillante demostración de cultura literaria aduciendo los mil y mil ejemplos de obras de todas las bellas artes en las que el efecto emotivo se logra por una agresión sañuda contra los médicos, cuya injusticia resulta, sin más, probada por la misma generalización a todo un grupo de hombres de malas cualidades, que pueden hallarse en otras profesiones.

Sería ridículo dolerse de semejante estado de ánimo cuando es fácil ver que, por su pervivencia y por su generalidad, la disposición hostil de la masa contra los médicos debe obedecer a alguno de esos sentimientos fundamentales enraizados en los más profundos estratos de la personalidad. Antes de ahora me ha parecido—y así lo he dicho en algunas ocasiones—que este odio intuitivo era el resultado de una identificación simbólica entre el médico y la enfermedad. La masa odia al médico por cuanto odia a la enfermedad.

Esta explicación me parece hoy insuficiente y errónea. Me ha dado cuenta de su flaqueza lógica el hecho observado por mí de que si el médico genéricamente es odiado por la multitud, puede, en cambio, especifica e individualmente, ser adorado por ella; quiero decir, en suma, que, a pesar del no dudoso desprecio con que el pueblo habla del médico en abstracto, nadie puede, en cambio, con más facilidad que un médico determinado conquistar la servidumbre de la masa.

Semejante contrasentido sólo puede tener una interpretación: La de que el médico inspira a la masa un sentimiento bipolar, ambivalente, en el que hay tanto odio irracional como amor inexplicable. Es un sentimiento absolutamente idéntico al que experimentan los hijos por su padre. Este es un capítulo muy bien estudiado de la Psicopatología; porque el conjunto de fuerzas afectivas puestas en juego para la regulación de las relaciones entre los padres y los hijos ha sido minuciosamente analizado bajo el nombre simbólico de «complejo de Edipo».

La semejanza entre el padre y el médico que acabamos de formular mediante una fortuita analogía, se hace, no obstante, cada vez más profunda en cuanto se piensa en un cúmulo de interesantes circunstancias. Es algo que corrientemente se admite por los estudiosos la directa derivación del sentimiento que inspira el jefe de la horda, el cabeza visible del Estado, el sacerdote, todo aquel que se halla dotado de una autoridad tradicional, del complejo de Edipo. Y ahora tropezamos con el hallazgo de que precisamente la facultad de curar se ha supuesto en todas las épocas, en todos los países, ligada a los demás atributos de la autoridad. Curaban los reyes de Francia y han curado los sacerdotes de todos los cultos. El hecho de curar, supremo bien para los hombres, se ha puesto junto a todos los otros bienes, como una parte del caudal de bienandanzas que cada uno debe a su padre. He aquí cómo el médico se convierte en un ícono del padre, y cómo la masa, cuyos movimientos afectivos traducen las corrientes más profundas del alma humana, adopta frente a él la característica postura sentimental individualizada por la coexistencia de los sentimientos de signo contrario de la constelación «amor-odio».

Y por eso la tensión de los sentimientos de odio encuentra tradicionalmente una expresión siempre renovada y diversa en cada uno de los niveles sociales donde se produce. Es en la horda la conjura de los machos jóvenes para arrancar sus hembras al jefe; tal vez el banquete canibalístico con que se corona su derrota obedeciendo al oscuro deseo de apropiarse, al comerlo, sus cualidades más características. En las organizaciones sociales modernas más complejas es la furiosa corriente democrática, que tiende a anular todas las superioridades y categorías.

Así, la masa quisiera arrancar al médico, como atributo de su alicurnia que le convierte en ícono del padre, su facultad de curar. Esta tendencia a la superación cristaliza rápidamente en el curandero. Sus teorías terapéuticas son extrañamente coincidentes con las de los pueblos primitivos. «Es uno de los míos», siente en seguida la multitud. Cuando sea posible borrar de los libros santos de todas las religiones el mito de la torre de Babel, cuando desaparezca la idea de Dios, cuando los hijos no amen a sus padres, se podrá ahogar la posibilidad del curandero seudocientífico; es decir, nunca.

Y no es extraño que—como el mismo Jehová—el médico que ha visto al curandero comer de la fruta del árbol del bien y del mal, le arroje, con su espada fulgurante, del paraíso de la Ciencia.

José SANCHIS BANUS

Inauguración de una Casa del Pueblo

Intervendrán De los Ríos y Saborit

CORDOBA, 4.—La Cooperativa Obrera de Construcción de la Casa del Pueblo de Córdoba, en reunión de su Directiva con las Sociedades obreras adheridas, ha acordado inaugurar la Casa el domingo 19 del actual, con arreglo al siguiente programa: Por la mañana, de nueve a diez, la Directiva de la Casa recibirá las representaciones de las distintas Sociedades que van a ocuparla y les hará entrega formal de su Secretaría. De diez a doce recibirá a las personas y representaciones de entidades especialmente invitadas. La Banda municipal de música será solicitada para amenizar estos actos. Por la tarde, de cuatro a siete, sesión plenaria pública de la Cooperativa de Construcción de la Casa del Pueblo, con lectura de una Memoria y discursos del presidente y representantes. Cerrará el acto el compañero A. Saborit, secretario del Partido Socialista Español. La Sociedad de Camareros y Cocineros organiza una comida en honor de las representaciones de fuera. Por la noche, a las nueve y media, conferencia del camarada profesor Fernando de los Ríos sobre «Orientaciones generales del movimiento obrero».

El Centro Filarmónico Eduardo Luena y la Sociedad de Profesores de Orquesta tomarán también parte en estos actos. Para este día se espera que concurren con sus banderas representaciones de todas nuestras organizaciones de la provincia. También se sabe que vendrán representaciones obreras y socialistas de la región andaluza.

Creemos siempre en el Socialismo

Yo no sé si la justísima apreciación que León Blum ha expuesto hace pocos días en «Le Populaire» parecerá, como él mismo temía, algo paradójica. Recuérdese que la enunciaba en los siguientes términos al comienzo del artículo: «Me esforzaré en demostrar que la participación gubernamental es tanto más nociva para nosotros por cuanto existe en Francia un partido democrático más próximo al Socialismo.» No pretendo añadir nada a la argumentación tan luminosa y ajustada. Pero repasando papeles antiguos, he hallado un artículo de Jaurès que me parece coincide con el pensamiento de Blum. Y no del Jaurès de Amsterdam—de aquel Congreso a cuyas decisiones han atribuido algunos singulares historiadores las responsabilidades de la guerra de 1914—, no: el artículo apareció en «La Petite République» de 3 de agosto de 1899. Me parece que entonces estábamos bajo el Gobierno de Waldeck-Rousseau.

He aquí lo que escribía Jaurès: «La verdad—y Bernstein se ha equivocado gravemente en este punto—es que cuanto más obligado está el Socialismo, por su propio crecimiento, a mezclarse en la vida de la sociedad burguesa, más debe afirmarse, en evitación de todo equívoco y de todo peligro de absorción, su ideal supremo de expropiación revolucionaria y de organización comunista.»

Entonces no parecía atrasada la doctrina. Ha sobrevenido la guerra, se nos dice. Sí, verdad; es decir, que el capitalismo ha agregado a sus impotencias, a su anarquía, a sus crímenes, sociales y coloniales, la mayor de las fechorías. Razón de más para afirmar altamente nuestro ideal de expropiación revolucionaria y para proseguir sin tregua ni desfallecimiento la educación y la organización de las masas populares. Ahí está la vida, ahí está la acción, ahí está la lucha verdadera contra la clase que explota el trabajo y mortifica la carne y el alma de los proletarios.

Paul FAURE

El noveno aniversario de la muerte de Pérez Galdós

Ayer se cumplió el noveno aniversario de la muerte de don Benito Pérez Galdós. Un nutrido grupo de admiradores del insigne hombre de letras depositó flores por la mañana ante el monumento erigido en el Retiro al gran escritor. En estos instantes de revisión de valores se echa de menos la corpulencia mental de aquel gran don Benito, espíritu batallador, tan odiado por el clericalismo en vida como profanado en sus obras—algunas han conocido la hoguera—después de muerto. Para nosotros no pasa este noveno aniversario inadvertido. Y recordamos con emoción a aquel viejo, casi ciego, que se sentaba junto a Iglesias en los actos cívicos contra la reacción y en favor de la verdadera democracia.

No deben aumentarse las plazas de capitán general

Se ha hecho pública la iniciativa de crear una plaza más de capitán general, categoría máxima en el ejército español, cuya equivalencia es la de los mariscales en los ejércitos de otros países. No tenemos por qué recatar nuestra opinión acerca de este asunto, que es contraria a que se aumente el número de plazas de capitán general. Entendemos que España debe seguir una orientación francamente pacifista y persistir, por tanto, en la amortización de cargos militares de elevada categoría. EL SOCIALISTA.—Teléfono 31862. Apartado 10.036.

DÍA DE REYES



Juguetes y niños

Felicidad de las horas puras de la infancia. Van a pasar los reyes magos con su carga deliciosa y cascabelera. Habrá bullida alegría en los hogares afortunados de los niños que los reyes visitan todos los años; es decir, en los hogares de los papás monárquicos y acatados. En los otros, en los hogares fríos y empobrecidos de infinidad de proletarios y campesinos sin trabajo, se sonreirá un poco también, gracias al divino caudal de alegría que atesora toda alma infantil. Quizás lleguen algunos juguetes, baratos y maltruchos—es decir, feos—, dados de limosna en esos festivales que organizan catequistas y profesionales de la caridad. Para todos los niños anhelamos nosotros juguetes, muchos juguetes, caros y hermosos, que alegren las horas cantarinas de los niños nuestros hijos, que son los únicos reyes de nuestras casas...



¡Cajita de besos!

(MONÓLOGO LÍRICO)

¿Te he visto! ¿Te he visto!
 ¡No puedes negarlo!
 ¡O sea, devorado de rabia,
 ayer tarde, al salir del trabajo!

El se sonreía...
 Te llevaba cogida del brazo...
 Y tú le mirabas...
 con los mismos ojos que a mí me has mirado.

Una calle... Otra...
 Un barrio... Otro barrio...
 ¡Y yo siempre detrás de vosotros,
 riñendo de cólera, crispando las manos!

La noche caía...
 Se iban vuestros cuerpos juntando, juntando,
 y al llegar a una plaza desierta,
 uno solo en las sombras formaron.

Pesó por mi alma
 dolor, odio, asco...
 y una negra idea me quemó la frente:
 ¡la de apuñalarlo!

Pero, ¡no! Aunque pobre,
 soy de limpio cristal delicado,
 que antes de mancharse de sangre o de lodo,
 se hará mil pedacitos.

¡Por un señorito...
 ¡Por un señorito, mujer, me has dejado!
 ¡Por un señorito que, cuando le aburras,
 te arrojará al barro!

¡Es lo que me duele!...
 ¡Que vas a ser triste rosa de pecado,
 cajita de besos,
 caprichito de carne y de trapo!

Y entonces, entonces,
 aunque siga queriéndote tanto,
 aunque en el arroyo te encuentre tirada,
 ¡no podrás recogerme mis manos!

¡Con la fuerza que yo te he querido!
 ¡Con el ansia que yo te he mimado!
 ¡Con la hoguera de amor que encendieron
 al rozarse tu labio y mi labio!

¡Nunca, nunca, nunca,
 por ser pobre, me hallé desgraciado!
 ¡Era feliz sólo
 con que no me faltara el trabajo!

Pero ayer, al veros,
 al ver la elegancia del que iba a tu lado,
 lívido de envidia,
 me miré desde arriba hasta abajo.

¡La gorra, grasienta!
 ¡El traje, ya estrecho, zurcido y gastado!
 ¡Los zapatos, torcidos y viejos!
 ¡En lugar de guantes, callos en las manos!
 ¡Y zapatos, traje, cara, gorra, todo,
 de cal salpicado!

¡Qué rabia!
 ¡Qué ardientes deseos de robar me entraron!
 ¡Qué vergüenza sentí de ser pobre!
 ¡Qué dolor, por ello, verme despreciado!

¡Allá, entre las sombras, os dejé muy juntos,
 y me alejé lento, lento y cabizbajo,
 con el alma encogida de pena
 y los ojos con nubes de llanto!

La noche era oscura...
 ¡Ni una estrella brillaba en lo alto!
 Y yo caminaba
 como tropezando...

Todo estaba negro:
 la tierra, mi espíritu, y el cielo y el árbol...
 Cuando llegué a casa
 mi madre, mi vieja, me estaba esperando,
 Y al ver mi semblante,
 tan triste, tan pálido,
 «¿Qué tienes?—me dijo—
 ¡Tal vez estás malo!»

Yo callé un momento...
 Luego, como un niño, me arrojé en sus brazos,
 la besé la cara, toda arrugadilla,
 y la dije:—¡Ay, madre! ¡Es que me ha dejado!
 ¡Por un señorito
 que la hará regalos!
 ¡Tú bien sabes que era para el alma mía
 como una flor blanca riendo en un prado;
 como una estrella brillando en las puras
 noches de verano;
 como un sorbo de agua
 fresco, limpio, claro;
 como algo muy dulce,
 muy bello, muy santo!...

Sonrió mi madre tristemente, y luego,
 mi frente besando,
 murmuró:—¡Hijo mío! ¡Déjala! ¡No sufras!
 ¡Déjala! ¡Eres joven, laborioso, honrado!
 ¡Ya habrá quien te quiera como yo te quiero!
 ¡Ya habrá quien te abrace como yo te abrazo!

¡Déjala que ruede,
 peldaño a peldaño,
 como una pelota
 que el vicio la empujado,
 hasta que, manchada,
 penetre en el antro
 donde sólo hay sombras,
 miserias y llantos!

Abeja que liba
 flores de pecado
 no dará muy dulces
 mieles para el labio.

Pajarita loca
 que a vuelos y a saltos
 en busca de amores
 va de árbol en árbol,
 sus plumas bonitas
 irá entre las ramas dejando.
 Desprecia y olvida. Obra como un hombre;
 no como un muchacho.

Así habló mi madre,
 y yo la escuchaba, mujer, suspirando:
 —¡Si es lo que me duele,
 que va a ser estrella en el fango,
 cajita de besos,
 caprichito de carne y de trapo!

Miguel R. SEISDEDOS

Madrid, 1929.